



# El Tormagal de Muela Pinilla

Miguel Ángel Rubio Castillejo

La tarde es mansa. La primavera hace tiempo que llamó a la puerta. El verde del musgo, enganchado en las piedras, en los hondos de umbría de los callejones, juega con el azul del cielo. Y con el blanco algodón de las nubes. Y con el gris de las peñas y los tormos que te observan en silencio. Sin prisa..., como si los miles de años atrás le hubieran dotado de paciencia, de equilibrio, de serenidad, de... majestuosidad. El sonido es una pura melodía compuesta. Leída de pentagrama. Los músicos, herrerillos, piñoneros, petirrojos y picapinos; cigarras, grillos y demás, interpretan su oda. Nada parece al azar. Todo en sintonía. Sólo roto por nuestros pasos avanzando. Por el crujir de la hierba y los tamarones bajo los pies. Pero no se interrumpe la música. Andar, pasear en silencio, escuchar nuestros propios pasos en medio de tal composición, puede convertirse en un instrumento más acorde con la melodía.

Formaciones kársticas, dolomías y lapiaces, fruto del viento, el agua, la química, el tiempo y la magia; así es en buena manera nuestra provincia, y en especial nuestra sierra. Y en concreto, el paraje de El Tormagal, en Muela Pinilla. Aquí, un mago caprichoso jugó con este paraje serrano, para formar tormos, peñas, arcos y callejones. Afloró la magia, y utilizó los elementos para esculpir estas caprichosas formas. Las Peñas Altas, el Callejón del Avellanar, la Peña Bradá, el Tormo de la Iglesia...; esos mares de piedra, esas playas calcáreas... Y esos pequeños pinos y enebros, que se esfuerzan por emerger casi del mismo corazón de la roca.



Superior izquierda. El Chufarro del Tío Mariano.  
Izquierda. Interior del Chunfarro.  
Sobre estas líneas. Callejón del Avellanar.

Qué fácil sería imaginar pequeños duendes correteando entre los callejones, revolcándose sobre la hierba, entrando por hendiduras. Saliendo por otras ventanas. ¿Quién no ha jugado alguna vez con ellos y recorrido este paraje de este modo? Por lo menos alguna vez. Yo he sido duende. Y jugué y corrí con otros duendes. Y atravesamos callejones, entramos en pequeñas cuevas, subimos a peñas. Todo mientras algún duende adulto nos apremiaba para que no abandonáramos la formación, bajo riesgo de extravío. ¿Quién no se ha arrastrado para entrar en una oquedad y salir por el ojo de la «calavera»? ¿Quién no ha descubierto, con la tabla del pecho a tierra, que el Chunfarro del Tío Mariano tiene salida por detrás? ¿Quién no ha paseado por el arco? Y sentado en él. Con las piernas colgando. Balanceándolas. Admirando todo alrededor. Sintiendo afortunado por estar ahí. Queriendo compartir ese momento con alguien que ya no está. O con alguien que sí está. Compartir. Compartir nuestro pedazo de sierra, con nuestro entorno. Con los pinos, con la cigarra, con el musgo, con el carpintero, con el corzo, con nuestro corazón... Hasta notar que estamos en una simbiosis perfecta.

Todos formamos parte de la misma obra. Todos tenemos el placer, el privilegio y la suerte de ser parte de este lugar. Y por tanto, todos debemos tener el placer, el privilegio y la suerte de conservarlo, respetarlo y amarlo. Para que generaciones futuras de duendecillos puedan seguir disfrutando y correteando por entre sus misteriosos callejones, a la sombra de sus mágicas figuras.

(Para leer en El Tormagal..., por lo menos una vez)



Superior izquierda. Arco.  
Izquierda. El Arco mayor.  
Sobre estas líneas. Peña Calavera.

### Visitar El Tormagal

JEC

La provincia de Cuenca es fecunda en parajes de roca caliza, formando paisajes que los científicos denominan karst, es decir, lugares de relieve accidentado, con grietas y crestas agudas, originados por la erosión química en terrenos calcáreos. Ejemplos de ello son las conocidas hoces del Júcar, del Huécar, del Guadiela, del Escabas, o por no seguir, del Gritos; también, los Callejones de Las Majadas y, especialmente, su famosa Ciudad Encantada.

Dentro del que hace ahora diez años se declaró Monumento Natural de Muela Pinilla y del Puntal, en el término de Masegosa, hay una gran planicie arenosa en la que árboles como el pino albar o arbustos como el enebro viven a la sombra de grandes formaciones rocosas que recrean esa ciudad de duendes encantados de la que habla Mikel en su texto anterior. Es lo que los nativos llamamos El Tormagal.

Recientemente las administraciones han señalado un sendero de pequeño recorrido en El Tormagal. A los amantes de la naturaleza recomendamos su visita: Es otra Ciudad Encantada, pero, en este caso, sin caminos compactados por los que poder andar con tacones de ciudad como quien visita un museo. El paraje, afortunadamente, sigue virgen y así debe quedar después de cada paseo.

Comienza, y está señalizado, a unos siete kilómetros de la carretera que sigue de Masegosa a Peralejos de las Truchas. Con calzado de monte se hace con facilidad. Solo una recomendación a los caminantes: Cuando al kilómetro y medio, aproximadamente, les indique la ruta algo así como «peña calavera», piérdanse a su ritmo en el mar de piedras; paseen subiendo y bajando por los muchos callejones, y olvidense del resto de la ruta oficial; saquen entonces, si les apetece, la merendera y disfruten, entre bocado y trago, colgados en una peña, del lenguaje cantarín del viento sobre los pinos; ...y si van en otoño, además, recojan solo los hongos que han de comer.

